



550

# Manuel Miranda Sallorenzo: réquiem por un escritor

Hace una semana fueron sepultadas en Santiago la cenizas de uno de los destacados integrantes de la generación Novísimo, muerto en Hamburgo. Autor de las novelas *Los Lindes del Amargo* y *El Carruaje del Diablo*, estuvo en la primera fila de las letras jóvenes chilenas en la década del '60.

**E**ste viernes 18 del presente fueron sepultadas, en una tumba familiar del Cementerio General, las cenizas del escritor chileno Manuel Miranda Sallorenzo, fallecido hace algunos meses en el puerto alemán de Hamburgo, donde desempeñaba una cátedra universitaria. Nada de esto se supo a través de la prensa, sino sólo de la frágil memoria nacional. Es muy posible que, debido a una prolongada ausencia física y literaria que solapan los dos lustros, sean pocos los lectores que hoy en día recuerden a Miranda. Para qué decir las sueltas presunciones de escritores, que prácticamente lo desconocen. Además, sus obras no han sido reeditadas.

Dario Ofies (Los Rockeros Célebres), que fue su alumno en el Liceo Dario Salas, dice que nunca tuvo mejor maestro en toda su vida, pero que en verdad, no ha leído mucho de su producción. Sin embargo, es un hecho que durante todo la década de los sesenta, Miranda Sallorenzo permaneció en la primera fila de las letras jóvenes de Chile, tanto por sus frecuentes publicaciones (rad un libro al año) como por los premios que a cada rato se adjudicaba, distinguéndolo y alianzándose con Edesio Alvarado (El Desorden) o Luis Villalobos (Pion), otros dos campesos de peso completo en nuestra literatura, también echados al olvido por el desdoblado pragmatismo del momento.

Lo conocí en 1961, cuando acababa de publicar su primer libro, *Los Lindes del Amargo*, un compendio de siete cuentos sobre la vida cotidiana de los trabajadores que había merecido el premio Pedro de Oña, otorgado por la Municipalidad de Salas. Yo tenía Segundo de Chino, don-

Este escritor de risa contagiosa, movimientos inquietos y mirada a ratos lasciva fue un hombre vital, aventurero, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes y los oficios menores que ejerció, sumado a su caraval de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptive, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.

Le Terreno

2000 240

P 44



de rato dos años, y nos presentó una noche en el legendario El Boliche Armando-Casigüi, amigo común, escritor de nota (Quedadas de un Hombre Aventurado) y editor tanto de ese primer libro de Miranda como del primero mío, *Grato Sillar*, cuya colección Masovera, que él dirigió, Casigli, dirijo sea de paso, con su antología *Centurias de la Universidad*, fue el promotor inicial de la generación de narradores que más tarde José Donoso bautizó como Novísimo. A ella pertenecía Miranda Sallorenzo, junto a Fernando Jerez, António Skarmeta, Juan Agustín Palacios, Cristián Ruzzo, Ariel Dorfman, Antonio Astur, Raúl Rivas.

Hicimos buenas migas aquella noche de vino tinto y churrasco, y un poco después, en una feria de libros y antasnas que durante la primavera de ese año se instaló en pleno Parque Forestal, asombramos el stand de la Sociedad de Escritores de Chile para vender y vender personalmente nuestros libros. Con el poeta Eduardo Cárdenas, que arrancaba con *Trotineta Breve*, su primer poemario, agotamos las ediciones. Desde entonces los tres fulgurantes amigos insepables y compatriotas tortuosa, viajes, aventuras, así como también el famoso taller literario de la Universidad Católica en su primer año de funcionamiento, junto con otros escritores de la talla de Antonio Skarmeta, Jorge Tróccoli, Edmundo Bacigalupi. Lo dirigió Luis Domínguez (*El Encasigüe*), narrador también más o menos olvidado de nuestra generación de los sesenta.

Miranda Sallorenzo, hasta el momento de su exilio en Alemania, fue un escritor prolífico. A vueltas de páginas, recorrió algunos títulos de sus novelas: *El Carruaje del Diablo*, tipologización de los pasajeros de micos en un sector de Santiago; *Los Complices*, mirada sobre los problemas de la juventud estudiantil en una ciudad imaginaria, el conflicto que surge entre ellos y el mundo desatinado de los adultos; *Dadío de las Islas*, editado por Quimantú. También recuerdo una frase testual que él escribió. No sé si pertenecía a una novela o a alguno de sus cuentos, pero desde que la leí, se me quedó grabada en la memoria como una potente declaración de amor que brinda el protagonista a una mujer: "Andaría un pata a la orilla de mi ojo, cambiante como el mar". Y recuerdo, además que esta misma metáfora impactó fuertemente a José Luis Borges cuando recitó comentando a Miranda Sallorenzo cuando se comparó con la pluma, como que más tarde la empleó de epígrafe en uno de sus libros. Ignoro la razón por la cual el exilio se las arregló para deleitar la vertiginosa pluma de Miranda Sallorenzo.

Este espíritu de risa contagiosa, movimientos despiadados y subidos a ratos lascivera fue un hombre vital, aventureño, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes, la experiencia que le dejaron los oficios menores que ejerció durante sus juventudes corrieron por Europa (pescador, minero, nómada, norte de Chile) sumada a su caraval de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptive, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.

## Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor

**[artículo] Poli Délano**

**AUTORÍA**

Délano, Poli, 1936-2017

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2001

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor [artículo] Poli Délano

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)